

La revista republicana Time (que tiene una edición expurgada para Latinoamérica), al final del episodio, afirmaba: "La ferocidad de su ataque sobre el acero hizo odiar y enfurecer a muchos de los hombres de negocios, que habían llegado a pensar que John Kennedy, después de todo, no era hostil a la libre empresa".

Y los reporteros de Time definieron a la perfección el nuevo espíritu que había en la Casa Blanca, al reflexionar: "El demostró, de un modo imposible de olvidar, que cualquier organización, grupo o persona que lo contradiga puede atraer sobre sí el abrumador poder del Gobierno Federal".

Lejos estaban los tiempos en que un embajador en Alemania demostraba que entre "los 64 que gobiernan Estados Unidos, no está el presidente Herbert Hoover, porque él no toma parte en los actos concretos de gobierno". Y lejos también, a pesar de la cercanía del tiempo, el héroe de la guerra que recibía órdenes desde el número 30 de la Rockefeller Square, sede del gigante de la maffia y del imperio del petróleo.

Fue bueno mientras duró... duró 18 meses y 7 días... perdió Kennedy el 22 de noviembre de 1963... al ser fusilado... Si no... era seguro que ganaba Kennedy, y perdía la maffia. Con cuatro años más de gobierno...

kennedy presidente

¿Cómo perdió el grupo el control del gobierno de Estados Unidos en 1960, al ser elegido John Fitzgerald Kennedy? Hubo dos razones. La extraordinaria habilidad política de Kennedy y la circunstancia histórica imponderable, inexplicable, a la manera de la defensa irracional y heroica de Stalingrado... la batalla de Verdun... el poder que tuvo durante cuatro años un saltimbanqui como el senador Joseph McCarthy... o la supervivencia de la revolución bolchevique en 1918...

¿Cómo podía ser traidor al negocio un hijo de millonario, de multimillonario, que a los 21 años tenía de regalo un millón de dólares? Eso, tal vez, suavizó el camino hacia la Ca-

sa Blanca de John Kennedy, porque sus discursos... bueno, "ellos" saben que muchos políticos de su país hablan y hacen cosas enteramente distintas.

La lucha por la nominación en la Convención Nacional del Partido Demócrata, en el alba de 1960, fue terrible. Al final, en el campo de batalla sólo había dos contrincantes: John Fitzgerald Kennedy por los "liberales", y Lyndon Baynes Johnson, por los "conservadores". Los candidatos se dijeron de todo. Johnson habló del "niño bonito de Boston", del "vago hijo de millonario" y del "Dios que quiere hacernos el favor de venir a contarnos cómo tenemos que manejar este partido y este país". John Kennedy, fue más cáustico. Habló así:

—Nuestro hombre del petróleo quiere emporcarnos a todos la cara... pero desde la Casa Blanca.

El ayudante político de Johnson en la Convención de 1960 (y socio político desde siempre), era el texano John Connally. Antes de la última votación, llamó a reunión a los convencionales sureños, y les dijo: "Tenemos que ganar la nominación de Johnson, porque si no, estaremos colocando un cadáver en la Casa Blanca. John Kennedy está aquejado de una enfermedad mortal, que lo puede liquidar en cualquier instante".

Esta técnica política del texano Connally asqueó a muchos convencionales, y Kennedy ganó la nominación.

Al día siguiente de la nominación de Kennedy por la Convención, éste almorzó con Adlai Stevenson, su consejero en los grandes problemas. Kennedy le planteó su dilema abruptamente: "He escogido a Lyndon Johnson como mi co-candidato". Stevenson quiso disuadirlo: "Pero, ¿si tú sabes que es incondicional de los petroleros!"

Kennedy estableció su juego político: "Adlai, he hablado y hablaré como un liberal... eso, para el sur, significa ser comunista. El único modo de ganar las elecciones, es con los votos del sur... Johnson los tiene... y desde la Casa Blanca podré vigilar a Johnson". Stevenson estuvo de acuerdo. Llamaron a Bob Kennedy. La reacción de Bob Kennedy:

“¡No puedes asociarte con esa clase de políticos!”. Pero John también convenció a Bob.

Cuando Lyndon Johnson recibió la llamada telefónica de John Kennedy, éste le dijo: “senador, deme dos horas para decidir si acepto ir con usted”. Johnson llamó a su ayudante político John Connally, y éste reunió a los petroleros de Texas. John Connally explicó a Johnson y a los petroleros:

—Me parece buena la idea de que Lyndon Johnson sea vicepresidente. John Kennedy sufre del mal de Addison en estado muy avanzado... esta tuberculosis en sus riñones puede matarlo luego... Johnson quedaría automáticamente de presidente, y desde la Casa Blanca es mucho más fácil ser reelegido... figúrense, primera vez que nosotros llegaríamos a la presidencia de Estados Unidos.

Pero los petroleros, hombres prácticos, no querían confiarse de una posibilidad entre varias.

“Senador Johnson”, le dijeron, “no queremos que acepte la designación para vicepresidente. Usted nos es útil en el Senado, donde puede detener cualquier intento de legislar contra los intereses del petróleo... como lo ha hecho hasta ahora, y muy bien, cosa que le agradecemos. ¿Está claro? No queremos que acepte la designación... lo queremos en el Senado... siga ahí... y seguirá siendo senador siempre”.

Johnson replicó: “Creo que también seré útil para la industria en la vicepresidencia... podría pedir al senador Kennedy, por ejemplo, que a cambio de mi aceptación, me prometa nombrar al señor Connally en la secretaría de marina... y desde ahí podemos controlar la compra del petróleo...”.

Los petroleros siguieron negándose a la idea. Johnson aceptó de todos modos la vicepresidencia en la fórmula, y algunos industriales del petróleo se enfurecieron. Pusieron su dinero en la campaña de los republicanos Nixon y Lodge (de los Moors y Cabot, del grupo de Boston, ya conocidos nuestros). Kennedy aceptó las condiciones de Johnson, pero ese mismo día explicó a su hermano Robert, bastante alarmado por estos juegos políticos: “No te preocupes, tendré a Connally en